

les. En aquella época, los institutos religiosos parecían llamados á ser como el brazo de la religion, que solidada en Europa, y satisfecha de la regeneracion social que acaba de producir, hubiera extendido su accion á las naciones infieles.

Echando una ojeada sobre el curso de los acontecimientos de los primeros siglos de la Iglesia, y comparándolos con los de los tiempos modernos, salta á la vista que debe de haber mediado alguna causa poderosa que se ha opuesto en los últimos siglos á la propagacion de la fé. Nace el cristianismo, se extiende rápidamente sin ningun auxilio de los hombres, á pesar de todos los esfuerzos de los príncipes, de los sabios, de los sacerdotes idólatras, de las pasiones, de toda la astucia del infierno. Data de ayer, y ya se muestra poderoso y dominante en todos los puntos del imperio romano; pueblos de diferentes lenguas, de diversas costumbres, de distinto grado de civilizacion, abandonan el culto de los dioses falsos, y abrazan la religion de Jesucristo. Los mismos bárbaros, esos pueblos indóciles, indomables, como alazán que no sufriera todavía el freno, escuchan á los misioneros que se les envian, inclinan su cabeza, y en la embriaguez de la conquista y de la victoria, se someten á la religion de los vencidos y conquistados. El cristianismo se ha encontrado en los siglos modernos con dominio exclusivo sobre la Europa; y sin embargo no ha llegado á introducirse de nuevo en esas costas de Africa y de Asia, que están á su vista. Verdad es que la América en su mayor parte se ha hecho cristiana; pero observad, que los pueblos de aquellas regiones fueron conquistados, que las naciones conquistadoras establecieron allí gobiernos que han durado siglos, que las naciones europeas inundaron el nuevo mundo con sus soldados y colonias, que de esta suerte una porcion considerable de América es una especie de importacion de Europa, y por tanto la transformacion religiosa de aquellos paises no se parece á la que se verificó en los primeros siglos de la Iglesia. Volved los ojos al Oriente, allí donde las armas europeas no han alcanzado una prepotencia decisiva, y ved lo que sucede: los pueblos yacen aun sometidos á religiones falsas; el cristianismo no ha podido abrirse paso; y si bien los misioneros católicos han logrado fundar algunos establecimientos mas ó menos considerables, la semilla preciosa no ha prendido bastante en la tierra para producir los frutos ansiados con tan ardiente caridad y procurados con

tan heroico celo. De vez en cuando los rayos de la luz han penetrado hasta el corazon de los grandes imperios del Japon y de la China; momentos ha habido en que podian concebirse halagüeñas esperanzas; pero esas esperanzas se disiparon; la ráfaga de luz desapareció como una brillante exhalacion en las profundidades de un cielo tenebroso.

¿Cuál es la razon de esta impotencia? ¿Cuál es la causa de que en los primeros siglos fuese tanta la fuerza fecundante, y no lo haya sido en los últimos? Dejemos aparte los hondos secretos de la Providencia, no queramos investigar los arcanos incomprendibles de los caminos de Dios; pero en cuanto es dado al débil hombre alcanzar la verdad por los indicios de la historia de la Iglesia, y conjeturar remotísimamente los designios del Eterno por las señales que él se ha complacido en comunicarnos, podemos aventurar nuestra opinion sobre hechos, que por mas que pertenezcan á un orden superior, no dejan sin embargo de estar sujetos á un curso regular, que el mismo Dios ha establecido. El apóstol san Pablo dice que la fé viene del oido, y pregunta cómo puede oirse si no hay quien predique, cómo puede predicarse si no hay quien envíe; de lo que se deduce, que las misiones son cosa necesaria para la conversion de los pueblos; pues que Dios no ha querido hacer á cada paso nuevos milagros, enviando legiones de ángeles para evangelizar á las naciones que viven privadas de la luz de la verdad. Previas estas observaciones, añadiré, que lo que ha faltado para la conversion de las naciones infieles, ha sido la organizacion de misiones en extensa escala; misiones, que por la abundancia de sus medios, y el número y calidades de sus individuos, estuviesen á la altura de su grande objeto. Repárese, que las distancias son inmensas, que los pueblos á quienes es necesario dirigirse están desparramados en muchos paises, viviendo bajo la influencia de preocupaciones, de leyes, de climas los mas rebeldes al espíritu del Evangelio. Para hacer frente á tan vastas atenciones, para salvar las grandes dificultades que salian al encuentro, era necesario una verdadera inundacion de misioneros; de otra suerte, el resultado era muy dudoso, la subsistencia de los establecimientos cristianos muy precaria, y la conversion de las grandes naciones poco probable, á no mediar alguno de aquellos grandes golpes de la Providencia, de aquellos prodigios, que cambian en un instante la faz de la

tierra. Prodigios que Dios no repite á menudo; y que á veces no otorga á las mas ardientes oraciones de los santos.

Para formar cabal concepto sobre lo que ha sucedido en los últimos siglos, atendamos á lo que sucede actualmente. ¿Qué les falta á las naciones infieles? ¿cuál es el incesante clamor de los hombres celosos que se ocupan en la propagacion del Evangelio? ¿No se oyen de continuo lamentos sobre la escasez de obreros, sobre los pocos recursos de que se dispone para proporcionarles medios de subsistencia? ¿No es esta necesidad la que se ha propuesto socorrer la asociacion que se ha formado entre los católicos de Europa?

Esa organizacion de las misiones en una grande escala es la que se hubiera realizado, á no venir el Protestantismo á impedir-la. Los pueblos europeos, hijos predilectos de la Providencia, tenian el deber y mostraban tambien la decidida voluntad, de procurar por todos los medios posibles, que los demas pueblos del mundo participasen de los beneficios de la fé; desgraciadamente esta fé se debilitó en Europa, fué entregada al capricho de la razon humana, y desde entonces se hizo imposible lo que antes era muy hacedero, muy fácil; y permitiendo la Providencia tan aciaga calamidad, permitió tambien que se aplazase para mucho mas tarde la venida de aquel dia feliz, en que naciones desconocidas entrasen en gran número en el redil de la Iglesia.

Dirán quizás algunos, que el celo de nuestros tiempos no es el celo de los primeros siglos del cristianismo; y que esta es una de las razones de que no se haya llegado á convertir á las naciones infieles. No entraré en parangones sobre esta materia, ni diré nada de lo mucho que en este particular podria decir; presentaré tan solo una sencilla observacion, que desbarata de un golpe la dificultad propuesta. El divino Salvador para enviar á sus discípulos á la predicacion del Evangelio, quiso que renunciasen cuanto tenian y le siguiesen. El mismo divino Salvador indicándonos la seña infalible de la verdadera caridad, nos dice que no la hay mayor que el dar la vida por sus hermanos: los misioneros católicos de los tres últimos siglos han renunciado todas sus cosas, han abandonado su patria, sus familias, sus comodidades, todo cuanto puede interesar sobre la tierra el corazon del hombre, han ido á buscar á los infieles en medio de los mas inminentes peligros; y en todos los ángulos del mundo han sella-

do con su sangre, su ardor por la conversion de sus hermanos, por la salvacion de las almas. Semejantes misioneros, creo que son dignos de alternar con los de los primeros siglos de la Iglesia; todas las declamaciones, todas las calumnias, nada pueden contra la triunfante evidencia de estos hechos. La Iglesia de los primeros siglos se hubiera honrado como la de nuestros tiempos, con San Francisco Javier y los mártires del Japon.

Esta abundancia de misioneros de que hemos hablado, la tuvo la Iglesia para la conversion del mundo antiguo y del mundo bárbaro. En el momento de su aparicion, las lenguas de fuego del Cenáculo, la muchedumbre de estupendos prodigios suplieron el número, multiplicaron los hombres; naciones muy diferentes oyendo á un mismo predicador, le oian al mismo tiempo cada cual en su lengua. Pero despues del primer impulso con que la Omnipotencia desplegando sus recursos infinitos se habia propuesto aterrar el infierno, las cosas siguieron el curso ordinario; y para un mayor número de conversiones, fué menester mayor número de misioneros. Los grandes focos de fé y de caridad, las muchas Iglesias de Oriente y Occidente suministraban en abundancia los hombres apostólicos necesarios para la propagacion de la fé; ejército sagrado, que tenia á sus inmediaciones una imponente reserva, para suplir su falta, el dia que las enfermedades, las fatigas ó el martirio debilitasen sus filas. En Roma habia el centro de ese gran movimiento; pero Roma para darle impulso, no necesitaba de flotas que trasportasen las santas colonias á la distancia de millares de leguas; no necesitaba reunir los costosos medios para subsistir las misiones en playas desiertas, en paises del todo desconocidos; cuando el misionero se ponía á los piés del Santo Padre pidiéndole su bendicion apostólica, podia el Sumo Pontífice enviarle en paz y dejarle partir con solo el cayado. Sabia que el misionero iba á atravesar paises cristianos, y que al entrar en los idólatras, no quedaban muy lejos los príncipes ya convertidos, los obispos, los sacerdotes, los pueblos fieles, que no negarian sus auxilios á quien iba á sembrar la divina palabra en las regiones inmediatas.

Abandono con entera confianza al juicio de los hombres sensatos, las reflexiones que acabo de hacer sobre el daño causado á la influencia europea por el cisma protestante. Abrigo la conviccion profunda de que dicha influencia recibió entonces un gol-

pe terrible; y que sin este funesto acontecimiento, otra seria en la actualidad la situacion del mundo. Es posible que padezca alguna ilusion sobre este particular; pero yo preguntaré al simple buen sentido, si no es verdad, que la unidad de accion, la unidad de principios, la unidad de miras, la reunion de medios, la asociacion de los agentes, son en todas las empresas el secreto de la fuerza y la mas segura garantía de feliz resultado; yo preguntaré, si no es el Protestantismo quien rompió esa unidad, quien hizo imposible esa reunion, quien hizo impracticable esa asociacion. Estos son hechos indudables, claros como la luz del dia, recientes; son de ayer: cuál es la consecuencia que de aquí se infiere, véanlo la imparcialidad, el buen sentido, el simple sentido comun, si es que andan acompañados de buena fé.

Para todo hombre pensador, es evidente que la Europa no es lo que hubiera sido sin la aparicion del Protestantismo; y por cierto no es menos claro, que los resultados de la influencia civilizadora de ese gran conjunto de naciones no han correspondido á lo que prometia el principio del siglo xvi. Gloriense enhorabuena los protestantes de haber dado á la civilizacion europea una nueva direccion; gloriense de haber enflaquecido el poder espiritual de los papas, extraviando del santo redil á millones de almas; gloriense de haber destruido en los paises de su dominacion los institutos religiosos, de haber hecho pedazos la guérarquía eclesiástica, y de haber arrojado la Biblia en medio de turbas ignorantes, asegurándolas para entenderla las luces de la inspiracion privada, ó diciéndoles que bastaba el dictámen de la razon: siempre será cierto que la unidad de la religion cristiana ha desaparecido de entre ellos que carecen de un centro de donde puedan arrancar los grandes esfuerzos, que no tienen un guia, que andan como rebaño sin pastor, fluctuantes con todo viento de doctrina, y que están tocados de una esterilidad radical, para producir ninguna de las grandes obras, que tan á manos llenas ha producido y produce el Catolicismo; siempre será cierto, que con sus eternas disputas, sus calumnias, sus ataques contra el dogma y la disciplina de la Iglesia, la han obligado á mantenerse en actitud de defensa, á combatir por espacio de tres siglos, robándole de esta suerte un tiempo precioso, y unos medios que hubiera podido aprovechar para llevar á cabo los grandes proyectos que meditaba, y cuya ejecucion comenzaba ya tan feliz-

mente. Si el dividir los ánimos, el provocar discordias, el excitar guerras, el convertir en enemigos á pueblos hermanos, el hacer de un banquete de una gran familia de naciones una arena de encarnizados combatientes; si el procurar el descrédito de los misioneros que van á predicar el Evangelio á las naciones infieles, si el ponerles todos los obstáculos imaginabls, si el echar mano de todos los medios para inutilizar su caridad y su celo, si todo este conjunto es un mérito, este mérito lo tiene el Protestantismo; pero si es un cúmulo de plagas para la humanidad, de esas plagas es responsable el Protestantismo.

Cuando Lutero se llamaba encargado de una alta mision, decia una verdad terrible, espantosa, que él mismo no comprendia. Los pecados de los pueblos llenan á veces la medida del sufrimiento del Altísimo; el estrépito de los escándalos del hombre sube hasta el cielo y demanda venganza; el Eterno en su cólera formidable, lanza sobre la tierra una mirada de fuego; suena entonces en los arcanos infinitos la hora fatal, y nace el hijo de perdicion, que ha de cubrir el mundo de desolacion y de luto. Como en otro tiempo se abrieron las cataratas del cielo para borrar el linaje humano de la faz de la tierra, así se abre la urna de las calamidades que el Dios de las venganzas reserva para el dia de su ira. El hijo de perdicion levanta su voz, y aquel es el momento señalado al comienzo de la catástrofe. El espíritu del mal recorre la superficie del globo llevando sobre sus negras alas el eco de aquella voz siniestra. Un vértigo incomprensible se apodera de las cabezas; los pueblos tienen ojos y no ven, tienen oidos y no oyen; en medio de su delirio, los mas horrendos precipicios les parecen caminos llanos, apacibles, sembrados de flores; llaman bien al mal y mal al bien; beben la copa emponzoñada con un ardor febril; el olvido de todo lo pasado, la ingratitude por todos los beneficios, se apoderan de los entendimientos y de los corazones; la obra del genio del mal queda consumada, el príncipe de los espíritus rebeldes puede hundirse de nuevo en sus tenebrosos dominios, y la humanidad ha aprendido con una leccion terrible, que no se provoca impunemente la indignacion del Todopoderoso.

